

INÉDITO PASEO POR SEVILLA CON LADY HOLLAND Y DON FRANCISCO DE BRUNA

Por JOSÉ ENRIQUE MYRO MONTES

*En memoria del Excmo. Sr. D. Enrique de la Vega Viguera,
Secretario que fue de ésta nuestra Real Academia, mi tío,
y de su mejor amigo, mi padre.*

Hace tiempo en Nueva York donde llevaba triunfando un montón de años, un amigo mío me confesó que como todo sevillano todavía tenía dos anhelos por cumplir, ser Rey Mago en la Cabalgata y salir a hombros de la Maestranza. Por mi parte, hoy estoy cumpliendo uno que en el fondo resume aquellos dos, como es el poder hablar desde este bicentenario estrado.

Las dalias que trajiste a nuestra Isla
siempre nos hablarán de ti.
Dulces jardines como tu sonrisa,
de colores tan radiantes como tu piel.

Aunque habían pasado dos siglos y poco, cuando supe que una señora a sus 45 años, tras 20 de matrimonio, fue capaz de inspirar a su marido estos enamorados versos, no hice sino envidiarle a él y admirarla a ella. Mi idolatrada se llama Lady Holland y su marido, ya se lo pueden suponer, Lord Holland.

Confieso que a lo largo de mi vida me han cautivado algunas señoras, pero nunca como en este caso, además he admirado a su marido.

Desde mi posición de ilustrado y correligionario sinápico del liberalismo social de don Pablo de Olavide, valoro aún más al afortunado marido Henry Richard Vassall-Fox, Lord Holland, “el españolado”, apodo que con orgullo aceptaba en Londres, quién tanto ayudó al triunfo del liberalismo político en la España de la primera mitad del siglo XIX, influencia y ayuda que de forma irrefutable ha explicado nuestro profesor Moreno Alonso.

Elizabeth Vassall, la futura Lady Holland, nació en Londres el 25 de marzo de 1771, pero antes de perfilar la personalidad de nuestra heroína que el 25 de mayo de 1803, a sus 32 años entró en Sevilla por la Puerta de Jerez para dirigirse a la Posada de El Sol, donde se hospedaría y desde donde su cicerone particular, el octogenario don Francisco de Bruna y Ahumada, le acompañaría a visitarla, le voy a pedir me permitan que con cierta inmodestia justifique el adjetivo inédito que incorporo a esta modesta disertación.

Hace dos años en colaboración con Marina González Saénz, filóloga por la Universidad de Sevilla, inicié la traducción completa del diario correspondiente al primer viaje por España de Lady Holland (1802–1804) de acuerdo con el texto publicado en 1910 por el Conde de Ilchester. A finales del pasado mes de octubre la traducción estaba lista para ser distribuida de forma gratuita en edición bilingüe y en formato epub desde la página web, casinapiaediciones.es, bajo la licencia de Creative Commons, y en formato papel a través de la distribuidora por Internet, Lulu Books.

Sin embargo el proyecto de publicación hemos decidimos suspenderlo. Los diversos avatares de la fortuna y las casualidades que siempre rodean y condicionan las actividades de un investigador, nos pusieron sobre la pista de que la frase “He omitido los detalles menos importantes tanto como me ha sido posible”, que el de Ilchester escribió en el prefacio de los diarios españoles de nuestra heroína, publicados ahora hace ciento tres años, no eran un eufemismo. También conseguimos averiguar que los manuscritos de Lady Holland estaban todos en la British Library en donde se podían consultar e incluso conseguir una copia digitalizada de todos los folios que componen el diario desde que en Noviembre de 1802, hasta que en Junio de 1803 sale de Andalucía por Bailén.

No ha sido fácil pero por fin tenemos en nuestras manos una copia de los manuscritos completos de “The Spanish Journals” de Lady Holland, y hemos comprobado que efectivamente el Conde de Ilchester expurgó en demasía los textos, de forma que lo publicado en inglés en 1910 llega al cincuenta por ciento de lo que la señora escribió y que en consecuencia están inéditos, no sólo en español sino también en inglés.

Por ello, es un orgullo y un honor poder comentarles el doblemente inédito paseo por Sevilla de Lady Holland y don Francisco de Bruna, la mitad hasta ahora inédito en español y la otra mitad inédito en cualquier idioma.

Ahora intentaré perfilarles a nuestra heroína.

Como hemos mencionado lady Holland nació en Londres durante la recién estrenada primavera de 1771. Su infancia fue absolutamente dura y triste, como ella misma le contó a su hijo Henry en una carta años más tarde. Hasta los trece años vivió en su casa en el centro de Londres sin un solo compañero de juegos y con unos padres que casi nunca estaban de acuerdo en nada y jamás en algo respecto a ella.

Casualmente por aquel tiempo y como caído del cielo Mr. Stoner, un antiguo amigo de su padre, un hombre retraído y enfermo, decidió convertirse en su preceptor, su benefactor espiritual como ella le recordaba. Y en la tremenda soledad en la que vivía le enseñó que había un mundo fuera de la casa que se podía conocer y disfrutar estudiando libros, lo que le inculcó una increíble sed por el conocimiento total, “enfermedad” de la que no se curó jamás a pesar de su pertenencia a la más epicúrea “jet set” de entonces, pero también gracias a su posterior enamoramiento de Henry Vassall-Fox.

A los quince años era una preciosidad y además única heredera de una inmensa fortuna que su abuelo paterno un avisado traficante de esclavos y posteriormente dueño de inmensas plantaciones en Jamaica, se había encargado de amasar. Sin embargo de forma estúpida sus padres se dejaron llevar por el título y prestancia de un político de segunda fila y a dicha edad la casaron con Lord Webster, un hombre bruto, celoso, jugador y borrachuzo, 24 años mayor que ella, que la encerró en su casa solariega en el campo.

Tras el nacimiento de su primer hijo logró convencer a su marido para que con el dinero de su abuelo pasaran una larga temporada en Europa lo que era algo muy frecuente en la alta sociedad británica, liberándose así del segundo encerramiento de su vida.

Salieron de Inglaterra en el verano de 1791, y no volvió hasta 1796 ya unida a Lord Holland. La costumbre era pasar largas temporadas en diversas ciudades, ella lo hizo en París, Niza, Viena, Venecia, Turín, Florencia, Pavía, Nápoles y por último de nuevo Venecia donde conoció a su enamorado Mylord.

En todas esas ciudades coincidían con la alta sociedad británica como hemos mencionado, que alternaban con distintas aristocracias y personalidades europeas por donde pasaban, como por ejemplo Madame Stäel, los Príncipes de Piamonte, los Emperadores del Sacro Imperio, los Reyes de Nápoles, la Princesa de la Santa Croce, el Cardenal Barnis, Lord Hamilton, la Condesa Albanny y su amante Alfieri, y un largo etcétera, y sin dejarnos llevar de apasionamiento alguno, todos quedaban prendados incluyendo a los emperadores y los reyes, de la belleza y donaire de nuestra Elizabeth, por entonces una primura de veintitún años, para enfado del toscano y celoso Lord Webster.

Sin embargo hay algo trascendente que destacar de aquella larga estancia por las más importantes capitales europeas, y fue el renacer en nuestra heroína el ansia por saber y aprender que en su solitaria infancia le inculcó Mr. Storer, el antiguo amigo de su padre. A pesar de vivir en un ambiente cosmopolita, mundano y casi concupiscente, baste recordar las truculentas relaciones de los Devonshire, casi permanentes compañeros de viaje de nuestra Lady, ella fue capaz de ingeniárselas y encontrar tiempo para recibir lecciones particulares de los más prestigiosos científicos europeos, el dr. Drew en Niza y Nápoles, el prof. Bonvoisin en Turín, el dr. Fontana, Director del Museo de la Historia de la Ciencia en Florencia, el embajador Italinski, arqueólogo, y el prof. Targioni en Nápoles, el prof. Laperro Spallenzoni en Pavía, y por último en Pavía, el afamado mineralogista padre Pini Benavite, descubridor de la Adularia.

Consecuencia de lo anterior y de la calidad humana, intelectual y política del cónyuge, cuando la pareja Elizabeth y

Henry ya oficialmente marido y mujer tras el oneroso divorcio de Lord Webster, abren en 1797 su casa en Londres, la famosa Holland House, ésta se convirtió en el más importante centro de reunión social de Europa por más de treinta años. Era imposible ser alguien en el mundo de las letras, de la pintura, de la música, de las artes en general, de la filosofía o de la política sin haber recibido el marchamo de los Holland.

¿Pero quién era Lord Holland? Henry Richard Fox nació en Londres en noviembre de 1773, quedando al año huérfano de padre y a los cinco de madre. Fue criado por su abuela materna y educado por su tío Charles James Fox, un eminente político liberal inglés y un apasionado hispanista. Ambas características las heredó el sobrino que mantuvo el nivel intelectual del partido de los Whig desde que a los veinticinco años pronunció su primer discurso en la Cámara de los Lores.

A los 18 años viajó a Francia donde tomó contacto con los líderes de la Revolución, Lafayette y Talleyrand, y a su vuelta a Inglaterra tras visitar Prusia y Dinamarca, al año siguiente su tío y tutor en 1793 para desviarlo de su prematura ansia de entrar en política lo envió a España y a Italia, lo que le causó un doble enamoramiento. En la Península Ibérica se enamoró de España convirtiéndose en un profundo hispanista y en Italia se enamoró de Elizabeth convirtiéndose en su eterno amante, capaz de escribirle, tras 20 años de matrimonio, los emotivos versos con los que hemos iniciado esta disertación.

Es evidente que cuando en 1802 el hijo mayor de los Holland superó un cruento invierno en la capital inglesa y los médicos le recomendaron pasar los próximos en un clima más benigno, en esa casa no se planteó ninguna duda, se irían a España. En junio de dicho año partieron camino de Francia no sin antes contratar como médico personal al doctor Allen que casi de inmediato se convirtió en el secretario personal de nuestro Lord, y que llegó a ser otro consumado hispanista muy versado en la economía de nuestro país. Tras una larga estancia en París donde fueron recibidos por el propio Napoleón y hacer la ruta de los Castillos del Loira, el 2 de noviembre entraron por el puesto fronterizo de La Junquera.

En Cataluña permanecieron 6 semanas, en Valencia 16, en Murcia 2, y en Andalucía 5, antes de salir por Bailén, para estar

en Castilla, principalmente en la Corte, casi ocho meses, no debemos olvidar que Lord Holland era fundamentalmente un hombre político, y a quién tras esta experiencia española de primera mano, difícilmente se le podría contradecir en el Parlamento Inglés acerca de temas hispanos

Pero antes de entrar en el detalle de lo que nos dicen los diarios sobre todo en lo referente a su estancia en Sevilla, quisiéramos hacer una aclaración de suma importancia. Con honrosas pero escasas excepciones, la mayoría de los libros de viajes por España durante el siglo XIX, época en que nuestro país se puso de moda en las riberas del Támesis, fueron escritos por autores que pasaron en España unos dos o tres meses, que venían con la oculta intención de publicar sus “vivencias”, y que normalmente como máximo chapurreaban español.

Para empezar a establecer las diferencias, Lady Holland escribió el diario de sus viajes para exclusivamente ella, sin ninguna intención de publicarlos, como así no hizo, cosa que se evidencia en algunos comentarios que hace sobre determinados personajes importantes o circunstancias, los cuales no resultan lo que hoy llamamos políticamente correcto. Pero en su caso no pecaban de dicho defecto ya que eran reflexiones personales para su exclusivo uso personal.

Por suerte para nosotros, el en cierto modo impertinente sobriño nieto colateral, el referido Conde de Ilchester, al heredar los papeles de la Holland House se decidió a publicar una parte de dichos diarios y a donar a la British Library los manuscritos, lo que nos ha permitido disfrutar de la totalidad de los pensamientos de nuestra Lady Holland sobre nuestros antepasados no tan remotos, ya que sólo han pasado escasamente doscientos y pocos de años.

En consecuencia queremos enfatizar que Lady Holland no vino a España para contarnos, sino para conocernos, y que sus diarios son los apuntes tomados en clase durante el “master” en hispanismo que cursó en sus primeros dos años y pico que pasó entre nosotros.

Hay que tener en cuenta que nuestra heroína leía el Quijote en español y reconoce que se moría de risa con las escenas donde Sancho pierde su burro, lo recupera y lo vuelve a perder en un solo día. Su libro de cabecera durante su estancia en Sevilla fue

El curioso impertinente, mientras su marido, Lord Holland, preparaba una edición crítica acerca del teatro de Lope de Vega, y su secretario personal el doctor Allen, redactaba un trabajo sobre la influencia negativa de la Mesta en la economía española.

Pero ya es hora de que nos centremos en la semana que nuestra Lady pasó en Sevilla. Podríamos contar con detalle las visitas a todas las iglesias y todos los cuadros que admiró, pero eso es algo común en todos los visitantes, lo que nos interesa destacar de nuevo, es su interés por aprendernos dado que insistimos, las anotaciones en su diario eran exclusivamente sabernos. Lo visitó todo, lo vio todo y lo anotó todo en su diario. La Iglesia de Santa Cruz, el Hospital de los Venerables donde se encontró con unos curas irlandeses que hablaban algo que ellos decían que era inglés, admiró la fuente invertida del patio de entrada que incluso dibujó en su cuaderno, el hoy desaparecido Convento de San Francisco, la Fábrica de Tabaco, la Torre del Oro, la Catedral donde por el mero interés de aprender copio la leyenda de la lápida de Hernando Colón, subió a la Giralda quedando admirada de la vista, el Archivo de Indias y la Iglesia de la Caridad.

Por supuesto que disfrutó de los salones y jardines del Alcázar de la mano de su ex-alcaide don Francisco de Bruna, mientras le contaba la historia de Sancho el Bravo que se levantó contra su padre Alfonso X por temor a que éste nombrara sucesor al de la Cerda, del que hoy descienden los Medinaceli. También le refirió el viejo presidente de la Audiencia la famosa mancha de sangre en el patio del Alcázar, trágico recuerdo de la muerte de don Fadrique a manos de su hermano el rey don Pedro. Todo lo escuchaba y todo lo anotaba para mejor aprendernos.

Le llamó la atención la vela de los patios, los búcaros para el agua, la forma de las copas para tomar el azucarillo, que también pintó en sus diarios, y la terrible diferencia de temperatura entre las habitaciones de la planta baja, terrenas, y las de primer piso en la pensión donde se alojó.

El treinta de mayo asistió a un espectáculo ecuestre en la Maestranza que le encantó, sin embargo al día siguiente asistió a una corrida de toros de la que cuenta detalles de sus prolegómenos como por ejemplo que los toreros estaban empezando a usar la montera en lugar de la tradicional redecilla, pero ¡ay! nuestra

Lady no puede olvidar la sangre que corre por sus venas y pertenece a “las del primer toro” como las clasifica nuestra admirada colega M^a Antonia López Burgos, y al morir el primero de la tarde abandonó la plaza al grito de ¡Viva el toro!

También nos cuenta en su diario cómo una tarde el bueno de don Francisco, disfrutando como un niño, les llevó en su coche de seis mulas a visitar el Paseo de la Delicias que mandó construir don Pablo de Olavide cuando era asistente de la Ciudad.

En estos momentos me gustaría partir una lanza en favor del señor de Bruna y Ahumada, personaje en cierto modo antipático por muchos controvertidos detalles de su vida pública, pero que ahora debemos reconocerle el mérito de que a sus ochenta y cuatro años en un caluroso mes de mayo sevillano, hiciera el esfuerzo de volcarse en enseñar a nuestra Elizabeth todo lo que en Sevilla hay que ver y disfrutar que no es poco. Y lo hizo tan feliz que hasta le contó anécdotas divertidas como de la Felipe V cuando preguntó si en los pilones del Alcázar se podrían pescar tencas por la noche. “Tencas no sé, Majestad, pero seguro que pescaréis un dolor en el costado”, se cuenta que le contestó un criado, seguramente sevillano. Además don Francisco al reconocer la autoría de las obras de don Pablo en Sevilla, se rehabilitó del “pitagórico silencio” que, según el mismo confesó a Campomanes, mantuvo durante el Autillo del Asistente, aunque hubieran transcurridos casi treinta años.

A primeros de junio de 1803 nuestra Lady sale por Carmona hacia Madrid con la espinita de no haber tenido tiempo de visitar Itálica, frustración tal vez incrementada por los recuerdos de sus visitas napolitanas acompañadas por su amigo y arqueólogo, el embajador ruso Italinski.

Pero antes de terminar permítanme dos reivindicaciones. Para la primera cuento sin duda con el apoyo del profesor Calvo Maturana, y es acerca de lo importante que sería para los historiadores y sociólogos hispanista el disponer de una traducción de los diarios completos durante sus dos viajes a España. Podemos afirmar ya que conocemos una gran parte que encierran una fenomenal, información de cómo éramos, cómo nos divertíamos, cuales eran nuestros defectos y nuestras virtudes, y además una

serie de enojados comentarios sobre nuestro gobernantes de entonces.

La segunda reivindicación sin duda nos la avala el profesor Manuel Moreno, y es la deuda que los liberales españoles tenemos con Lord y Lady Holland. Mariano Larra afirmó que un liberal español era un exilado en potencia, y así fue durante gran parte de la mitad del siglo XIX, pues bien la Holland House fue el refugio no sólo espiritual sino también económico de todos los que tuvieron que huir a Inglaterra. Lord Holland aportó más de lo que se ha explicitado, muchas de las ideas recogidas en “La Pepa”, pero además junto con su mujer hizo posible que muchos compatriotas nuestros vivieran en Londres en unas condiciones económicas que les permitió seguir luchando por sus ideales. Hora es que al matrimonio Holland se le dé el debido reconocimiento.

Muchas gracias.